

Rafael ZURITA: *Agustina de Aragón. Vida y mito de una heroína de guerra*, Barcelona, Ático de los Libros, 2025, 575 pp., ISBN: 978-84-19703-49-1.

Rafael Fernández-Sirvent
Universidad de Alicante

Biografiar un mito patriótico y transgresor para llegar al estrato humano en su contexto histórico: una tarea minuciosa de historia pública

Hay nombres de pila que evocan mito e historia en el imaginario colectivo universal o nacional: Julio César, Napoleón... Para el caso español, Agustina de Aragón posee una connotación épica, transgresora y legendaria cargada de tintes nacionalistas, que fue adquiriendo un potente significado socio-político en el proceso de construcción del Estado liberal español. Sus nombres trascienden lo humano, se idealizan; se perpetúan e immortalizan a través de versos, memorias, coplas, novelas, libros de viaje, monumentos públicos, efemérides, el séptimo arte, discursos públicos e incluso usos publicitarios con ánimo de lucro para fomentar el consumo de productos, el turismo cultural, etc. El oficio de la historia tiene como principal tarea el emprender la disección de ambas esferas —la realidad documentada y más humana del pasado y la representación sobredimensionada e idealizada con base en unos intereses políticos— a través de un método científico, el historiográfico, con una contrastada base empírica y analítica.

Para el caso que nos ocupa, la biografía histórica y el enfoque de género demarcan el procedimiento científico más idóneo para emprender tan ambicioso propósito. Además, una biografía de ágil lectura sobre un personaje insigne puede ser la vía de acceso principal hacia un público diverso, para transferir a la sociedad, con un lenguaje inteligible, los avances científicos de nuestra disciplina. Encomiable labor, pues, el hecho de plantearse de partida una minuciosa investigación de varios años de duración con el objeto de aportar nuevo conocimiento científico significativo, empírico y analítico, sobre un personaje tan archifamoso como realmente desconocido y, a la par, hacerlo



desplegando las mejores virtudes de la historia pública. No estamos ante una biografía introspectiva que intente indagar en el pensamiento político y obra de una persona destacada —la escasa documentación personal existente lo impide, como indica el autor (p. 257)—. Se trata, en cambio, de una biografía cuyo mayor potencial es ir proyectando el contexto macro y micro de un modo tan sumamente detallado que los elementos descriptivos y analíticos que forman parte de la trayectoria vital de la protagonista de la investigación se entrelazan con el resto del relato sin romper el hilo del ambiente (contexto sociopolítico, cultural y económico, arquitectónico, bélico...) que, cabe suponer, condicionaba sus decisiones y su devenir en cada coyuntura. De forma metafórica, se podría decir que Rafael Zurita monta con gran rigor el escenario perfecto para dar vida a la representación histórica de la Agustina de carne y hueso durante sus nada menos que setenta y un años de existencia terrenal. Las luces y los efectos especiales de los relatos patrioterros, románticos y nacionalistas se encargaron de construir la Agustina arquetípica desde 1808 (la del mito para la posteridad), que con el andar del tiempo se ha ido diluyendo, ya que en los libros de texto más recientes apenas hay cabida, como antes sucedía, para personajes históricos que no sean jefes y jefas de Estado o grandes hombres y mujeres de la política.

De entrada, hay un elemento que llama poderosamente la atención y que no es fruto sino de una casualidad, eso sí, casi premonitória de lo que iba a ser su devenir en la historia: Agustina de Aragón no es de Zaragoza, sino que se apellida Zaragoza, ni tampoco es oriunda de Aragón, aunque su acto heroico y su mito la hicieron hija adoptiva de esta región. Agustina Zaragoza Domènech era barcelonesa y con ascendencia en el pequeño pueblo catalán de Fullea, donde en 1986 se erigió una escultura conmemorativa —la legendaria Artillera con el botafuego en mano y una réplica de un cañón de época— en memoria del acto heroico a partir del cual se forjó el mito nacionalista de este personaje transgresor.

La cuidada y amena narrativa del profesor Zurita recurre con frecuencia al zoom micro y macro y se expone en la disección del contexto socioeconómico y de la vida cotidiana, como puede ser, por poner un ejemplo, un día normal de 1808 a través de la información recogida en el *Diario de Barcelona*, los elementos urbanísticos y arquitectónicos civiles y de defensa militar, las redes familiares, de amistades y laborales, etc. Un ejercicio que, si en ocasiones es verdad que nos desconecta algo del hilo biográfico de la protagonista, a la postre resulta útil y necesario para el público menos especializado a la hora de ubicar la trayectoria vital del personaje y el nacimiento del mito que le envuelve en su contexto sociopolítico, material y cultural. En ocasiones, el relato, con todo lujo de detalles extractados de la prensa o dando paso al testimonio de protagonistas de la época a través de sus memorias y escritos de otra índole —la novela hagiográfica publicada en 1859 por Carlota Cobo, hija de Agustina, se utiliza con el mismo acierto que la prudencia reclama—, traslada al lector o lectora al desconcertante ambiente que

vivieron los españoles y las españolas durante la encrucijada de 1808, ante la indecisión de las élites y el consiguiente vacío de poder de algunas instituciones y al calor de la propaganda incendiaria, mayoritariamente antifrancesa, que se difundió en la sociedad y la politizó por completo en apenas unos meses, mientras organizaba su resistencia y lucha en lo que podemos catalogar a todas luces de guerra total. Como durante un tiempo estuvo de moda en el ámbito historiográfico, la obra bien podría haberse llamado, y con rigor, *Agustina de Aragón y su tiempo*.

Cuando se iniciaba la Revolución francesa de 1789, Agustina solo tenía tres años de vida, por lo que aún no fue consciente del protagonismo que iba a tener en el cambio de tiempo que se avecinaba y que le tocaría vivir en primera persona: guerras, revolución política, desmantelamiento del orden jurídico del Antiguo Régimen y su progresiva sustitución por un Nuevo Régimen liberal, el alumbramiento de una nueva sociedad de clases y el nacimiento de la política moderna. El proceso de mitificación de Agustina Zaragoza, como mujer guerrera, comenzó a forjarse bien pronto, al inicio de guerra de la Independencia, cuando era una joven veinteañera. La vigorosa propaganda de guerra entre 1808 y 1814 fue el crisol de los grandes mitos de la historia nacional o, dicho de otro modo, del nacionalismo español: Agustina se erigió en la perfecta representación femenina de esa «nación en armas» que «de forma unánime» —hoy sabemos que no hubo tal homogeneidad en el proceso— se alzó y luchó contra la injerencia de Napoleón y su *Grande Armée* en España.

Fue en Zaragoza donde Agustina protagonizó la acción bélica que le dio fama. Su caso no fue excepcional, como afirma Rafael Zurita, ya que hubo otras muchas mujeres que transgredieron de forma parcial o total sus roles de género y combatieron en otros lugares y movidas por diversas circunstancias o propósitos. Sin embargo, el general Palafox —quien sobresalió más como propagandista que como jefe militar— tomó como arquetipo de «joven amazona» a la catalana Agustina Zaragoza y proyectó de ella una imagen vital que acrecentaron otros diplomáticos, militares y viajeros británicos que la conocieron personalmente durante los años de la guerra. Valga como ejemplo el relato que Zurita utiliza del médico británico C. Vaughan, quien conoció a Agustina y de la que escribió en 1809 lo siguiente referido al sitio de Zaragoza:

Aquí fue donde una mujer llevó a cabo un acto de heroísmo sin apenas paralelo en la historia [...] Agustina se abalanzó por encima de los heridos y muertos, arrebató la mecha de la mano de un artillero muerto y disparó un cañón del veinticuatro y, subiéndose luego de un salto sobre la pieza, juró solemnemente no abandonarla mientras siguiera viva y continuara el sitio. Esta intrepidez y valentía estimuló a sus conciudadanos a reiniciar los esfuerzos, de manera que se precipitaron sobre la batería y nuevamente abrieron un terrible fuego contra el enemigo. (pp. 150-151)

Palafox la condecoró por tal hazaña y le dio el título honorífico de «la Artillera», que pronto devino en su sobrenombre. Como exaltación del patriotismo, el grabado número 7, titulado «¿Qué valor!», de la extraordinaria colección *Desastres de la guerra*, obra del ilustre pintor aragonés Francisco de Goya, hace alusión precisamente al acto heroico que contribuyó a forjar el mito de Agustina la Artillera.

Como recordara el mariscal francés Soult en sus *Memorias*: «Los españoles, que se batían mal en el campo abierto, defendían bien sus plazas». La resistencia en las ciudades muestra una cara de la lucha contra Napoleón y los franceses que había sido relegada durante mucho tiempo a un segundo plano (justamente al contrario de lo que ocurre con la muchas veces sobredimensionada guerrilla), pero que desconcertó, y mucho, a las tropas imperiales y alteró constantemente la lógica de la guerra y los planes sobre la Península, como puede verse de forma conjunta en *Los sitios en la Guerra de la Independencia: La lucha en las ciudades*.¹ Para el caso de Zaragoza, el uso público de la Virgen del Pilar unido a la hazaña de la catalana Agustina y de otras ilustres heroínas aragonesas construyeron un halo de misticismo patriótico difícilmente parangonable en la Europa de las guerras napoleónicas.² Durante el segundo sitio de la ciudad, en diciembre de 1808, los españoles colocaron un cartel místico para insuflar valor y moral de combate: «Reducto del Pilar, inexpugnable gracias a su nombre sagrado. Zaragozanos, vencer o morir por la Virgen del Pilar» (p. 180). También se hicieron proclamas dirigidas expresamente a las zaragozanas. Como destacaron algunos mariscales franceses, el clero hizo lo propio también en esa lucha urbana y guerrillera en defensa de la religión, la patria y el rey Fernando, en una especie de guerra santa que convirtió de forma simbólica el sacrificio de la muerte patriótica en una liberación hacia la vida eterna.

Tras la rendición de Zaragoza, se narran las peripecias de la Artillera, quien se preocupó por que se le reconocieran su grado y sueldo militares, por diversos lugares de España —como se ilustra en un útil mapa de elaboración propia (pp. 238-239)—, entre ellos la ciudad que será más mitificada durante y después de la guerra: Cádiz. No es casualidad que, en aquel contexto de encarnizada guerra, el joven aristócrata británico lord Byron, adalid del Romanticismo decimonónico, viajara por España en su paso hacia el Grand Tour y escribiera en su exitosa obra *Las peregrinaciones de Childe Harold* unas estrofas referidas a Agustina como la Juana de Arco y la Minerva sensual, femenina y con dotes guerreras. El mito romántico de Agustina no pudo tener mejor abanderado, uno de los más destacados narradores románticos de la libertad y del sacrificio y sufrimiento personal (*pathos*) que solía conllevar la consecución de dicha libertad. Asimismo, las figuras de Palafox y Agustina fueron ensalzadas en Prusia por la pluma de

¹ Gonzalo Butrón y Pedro Rújula, eds., *Los sitios en la Guerra de la Independencia: La lucha en las ciudades* (Sílex, 2012); reseña de Rafael Fernández Sirvent en *Pasado y Memoria* 12 (2013): 211-213.

² Francisco Javier Ramón Solans, «La Virgen del Pilar dice...»: *Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014).

Heinrich von Kleist. Zaragoza, España, la nación española, encarnadas en la heroica figura femenina de Agustina la Artillera, se erigían así en un modelo de resistencia contra la tiranía de Napoleón y su Grande Armée.

El Tratado de Valençay (1813) permitió que Fernando VII regresara al trono español. El hecho de que «el Deseado» recibiese a Agustina en palacio, y le otorgara un incremento de su pensión sobre su sueldo de subteniente de infantería, apuntala el aura de heroísmo que envolvía a la ya famosa Artillera de Zaragoza. Curiosamente, tras la experiencia del Trienio Liberal, Agustina fue la única mujer en su época con grado militar, por lo que, al igual que todos los oficiales del Ejército español, fue sometida a «examen político» (depuración) en 1826. Fue también el propio Fernando VII quien desde el final de la guerra contribuyó a fijar la memoria oficial de Agustina, mediante la concesión de condecoraciones y pensiones o la erección de monumentos. En 2009, en el marco del Plan de Memoria de Madrid, se colocó una placa en la calle Humilladero que señala el lugar donde residió «Agustina de Aragón» durante su estancia en Madrid.

Como se puede observar con detalle en las doscientas páginas que el autor dedica a la imagen pública y a la memoria de Agustina, resulta sumamente significativo que el mito, cuyo arquetipo iconográfico fijó Goya con su citado grabado «¡Qué valor!», haya trascendido a las polarizaciones ideológicas desde el siglo XIX hasta la Segunda República y la dictadura franquista, pasando por los centenarios, hasta su representación en el cine y otras artes, asunto que también ha analizado, desde el imaginario republicano, Marie-Angèle Orobon en el reciente *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español (siglos XIX-XX)*.³

Más allá de que Agustina Zaragoza fuera leal a su monarca Fernando VII y tuviera unas profundas convicciones católicas —como no podía ser de otra manera en la monarquía católica que vio nacer a la nación católica en las entrañas de una guerra de liberación—, estamos, quizás, ante la española del siglo XIX que más pronto transgredió distintos roles de género y, podríamos decir, hizo de avanzadilla del movimiento feminista sin en principio pretenderlo. Su catolicidad no fue óbice para que llevara la vida afectiva que quiso (dos hijos de dos hombres, una relación con un estudiante de medicina trece años más joven, actitudes duramente reprochables por la moral católica imperante entonces en todas las esferas de la sociedad) y fuera la única mujer en ostentar un grado militar en un espacio, el Ejército, tradicionalmente reservado al hombre para desarrollar su «innata masculinidad guerrera». Como hizo notar la premio nobel de literatura Svetlana Aleksíevich, *La guerra no tiene rostro de mujer* (1985), aunque las acciones «heroicas» no entiendan de género, cosa que viene en el ADN de la propia cultura occidental a través de su mitología clásica, del mismo modo que a través de ella nos llegan las desigualdades de una sociedad patriarcal entre las divinidades. En la época que le tocó

³ Marie-Angèle Orobon et al., *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español (siglos XIX-XX)* (Comares, 2024). Reseña de Rafael Fernández Sirvent en *Pasado y Memoria* 29 (2024): 454-457.

vivir a Agustina, el hecho de ser mujer siempre se vio como un mérito o valor añadido a las propias acciones heroicas que protagonizó en la guerra de la Independencia española.